

Ciertamente, ese afilado desconocimiento de Nordau indica la amplitud de su matiz, y además preludia el posterior olvido de Gener en el ámbito intelectual hispánico. Inspeccionando esta suerte gris y paradójica del personaje, Consuelo Triviño afronta ahora el reto de construir un ameno y a la vez profundo estudio de Pompeyo Gener en la cambiante pluralidad de sus máscaras.

Frente a toda interpretación unívoca, el drama se desarrolla a lo largo de discontinuidades y contradicciones. Apasionado lector de Nietzsche, Gener difunde sus ideas en España, pero su lectura del filósofo parece soslayar que éste era enemigo del positivismo. En un rastro impuro y mixto, el catalán, adversario declarado de la metafísica, también introduce a las ideas positivistas de Comte y de Littré, «no sólo como comentarista de novedades, sino como autor de *La muerte y el diablo*, que recibió todos los elogios de la crítica francesa de la época». Asimismo, manifiesta su afán por introducir en Cataluña los avances del momento e intenta contagiar a sus contemporáneos ese entusiasmo suyo ante el progreso. Pero estas pretensiones quedan deslucidas por el desdén con que se le recuerda, un desdén que, a juicio de Triviño, «se debe quizás a algunos de sus disparatados planteamientos, consecuencia sin duda de su imposibilidad de

superar el entusiasmo positivista para asimilar las propuestas más radicales, no sólo en la estética, sino también en el pensamiento». Así pues, no hay sutura en las escisiones de su obra ambivalente, anómala e irregular, rebelde a cualquier código que permita subrayar una exclusiva dirección analítica.

La autora, muy consciente de esa ambigüedad que manejamos, recorre los grandes capítulos de la polémica modernista desde el ámbito catalán, interpretando las aportaciones de Gener al modernismo local, español e hispanoamericano. Para no perderse en esta multiplicidad, Triviño ordena la vida y los pensamientos del escritor, desvela su aproximación a la filosofía de Nietzsche y valora su trato con amigos y maestros de variada procedencia. Una vez abordadas las líneas maestras del asunto, un anexo con el epistolario seleccionado de Pompeu Gener completa esta excelente perspectiva del intelectual español.

América sintaxis, Adolfo Castañón, Aldus, México D.F., 2000, 544 pp.

Escritor de multiforme producción, Adolfo Castañón (Ciudad de México, 1952) ha trazado en sus ensayos pautas de análisis crítico a las que no es ajena la estimación

íntima de los autores a quienes ha tratado. Nuevas perspectivas de lectura, que oscilan entre la teoría literaria (lanzando a la varia y abundosa explicación de sus jeroglíficos), un ingrediente primario de vivo placer intelectual, y ese modo de interrogar a la textualidad que justifica su oficio editorial en el Fondo de Cultura Económica. En esta oportunidad, su táctica diagrama un deslizamiento por cavidades horadadas en el mismo muro que ya exploraron los cuatro anteriores volúmenes de la serie *Paseos*: cajones librescos donde Castañón reúne crónicas y apuntes, reseñas, críticas y artículos, siempre relacionados con las letras latinoamericanas contemporáneas.

Miscelánea donde la manera de enlazarse y ordenarse los apartados acaba diseñando un mapa, *América sintaxis* ilumina bien a las claras la fórmula que promete este título («Si Europa es gramática y Asia semántica, América es sintaxis, es decir: relación»). Teniendo en cuenta ese objetivo fundamental, esta colección de textos expresa aquello que, en palabras de Morin, sería la solidaridad de sistemas encabalgados, edificándose los unos a los otros, por los otros, con los otros, contra los otros. Un cruce de caminos para metáforas que, sin prejuicios, revela cierto grado de comunidad literaria: los principios estructurales del sistema latinoamericano o, por mejor decir, su particularidad cultu-

ral, donde se condensa todo un conjunto de relaciones entre muy diversos planos.

Desde la mitad del puente, Castañón reconoce que «la única y verdadera posibilidad americana sería la cristalización de las asociaciones, el descubrimiento de alianzas como un proceso formativo y no derivado». Más aún, en su doble contingencia, observación y organización aparecen ligadas en el programa: «Leer un poema es ya acceder a la biblioteca y frecuentar una obra es enraizarse en una geografía. Una parte de la naranja, ya lo decía Goethe, tiene el sabor de toda la naranja. Tal vez no sea inútil añadir que, además, todo escritor es productor y también producto de su escritura.

Pese a sus ambigüedades, fugas y variaciones, estos conceptos ofrecen una proyección optimista del espacio latinoamericano, un espacio literario que se desdobra desde las Antillas Francesas y Brasil hasta «aquella región de América Latina que confina con los Pirineos». Con esta formidable libertad de manobra, Adolfo Castañón repasa las letras de América sin olvidar la variada implantación social de los escritores y sus inquietudes intelectuales y éticas. Para una apreciación más personal de virtudes o defectos, glosa el incidente menudo, las afinidades naturales, los códigos, las figuras de cada discurso, invitando de paso a la lectura y la reflexión.

Revive, historia. Anatomía del castrismo, César Leante, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999, 301 pp.

«La palabra destierro –escribía Leante en 1992– es mucho más bella que la palabra exilio. La primera tiene una connotación afectiva entrañable, en tanto que la segunda es fría y hasta hiriente. Y desterrados fueron los intelectuales cubanos del siglo pasado, exiliados lo somos los actuales (...) Sí, parece una condición o una maldición, pero inexorablemente la literatura cubana –quizás su cultura en total– ha tenido que forjarse en el destierro, en el exilio». Ese destierro que tiembla, se refracta y golpea la memoria compone un destino renovado en Cuba por el castrismo, esto es, por la asfixia de libertades, la opresión como forma de gobierno y el culto a la personalidad del dictador que César Leante, narrador y periodista (La Habana, 1926), ha denunciado en diversas oportunidades.

Ahora, con esta entrega, su autor repite experiencia y vuelve a descifrar su verdadera patria de desarraigado, los ídolos y los mitos de una edad en decadencia. Para ilustrar esta relación con el pasado y hablar de las raíces de su persona, el escritor se acomoda entre el repliegue autobiográfico, titulado *Revive, historia*, antes de formular el nudo

central de la obra: su *Anatomía del castrismo*, desde la entrada de Fidel en La Habana, en enero de 1959, hasta el éxodo por el puerto de Mariel en 1981.

De esta nostálgica radiografía cabe señalar que se relaciona con un volumen previo de Leante, *Fidel Castro: el fin de un mito* (1991), cuyo esclarecimiento del torbellino revolucionario también parte de «la más palmaria evidencia de la monstruosa deformación de los principios por los que se había hecho la revolución». La escena es conocida: tras la gloria de 1959, el clima de furor impide o refrena el ejercicio de una auténtica legalidad, anticipando el fin de la prensa independiente y otras perturbaciones, cada vez más severas, de la convivencia entre los isleños. Una especie de larga acotación cuyo verdadero interés reside en el carácter del testigo, pues quien convive con esa memoria fue redactor de *Revolución*, jefe de Servicios Especiales de la agencia de noticias Prensa Latina, agregado cultural de la Embajada de Cuba en Francia, secretario de relaciones exteriores de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y asesor literario del Ministerio de Cultura Cubano.

Guzmán Urrero Peña